



CANIQUEI, *Novela de José Antonio Ramos.*

No es continuada la presencia de la novela histórica en América Latina, por lo menos en la actualidad. En general, este género literario, entre las dificultades inherentes a su construcción, ofrece dos que, con frecuencia, alejan al lector de su contacto o sea que el autor por demasiada constancia a la rigurosidad del hecho específico, cronológico, anecdótico, etc. no le confiere las más elementales condiciones novelescas, deviniendo en mamotretos grises e insípidos, o, al contrario, se noveliza exageradamente el o los acontecimientos que se relatan, interviniendo más allá de su límite, la capacidad de novelar, perdiendo, por lo tanto, su carácter histórico.

Ahora, como no es fácil hacer revivir determinadas atmósferas desaparecidas dentro del contorno de la novela, no obstante existir el subsidio de la perspectiva histórica, recrear el clima ambiental en que se desenvuelven los seres y sus acciones, dar la sensación de paralelismo o identidad a los demás hechos contemporáneos que se desarrollaron en la misma latitud de época, los obstáculos se hacen todavía más persistentes.

De ahí que, creemos, que el escritor que introduzca su inquietud en la novela histórica debe poseer dualidad de temperamento o acaso más bien, de capacidad, pues, a sus cualidades de novelista debe agregar las de investigador. Sólo así podrá mantener el equilibrio e impedir que su obra no sea lo que ha pretendido, es decir, novela histórica. Esto no significa, sin embargo, que sobreestimemos al cultivador de tal modalidad sino, simplemente, constatar una realidad literaria. Por lo común el que escribe esta clase de obras es más historiador que novelista o viceversa. Tal vez por eso algunos escritores han considerado la novela histórica como un género literario inferior, por-

que el hibridismo trabajado de sus componentes, de manera escasa, logra conglutinarse, unirse para formar un todo orgánico, indivisible y presentar su auténtica faz dentro de la novelesca: una obra con artística valencia y contenido.

Esta es, amigo Perogrullo, la finalidad esencial: que la novela sea, precisamente, novela y que el lector no advierta el elemento histórico del inventado o creado, que cuando éste aparezca con su ala imaginativa no desentone del conjunto verídico o verificable, no pierda el ritmo ambiental, la atmósfera específica y pueda separarse su volumen novelesco del histórico, porque cuando esto sucede la obra se anemiza y no es entonces novela ni historia, extraviando también su premeditado objetivo.

José Antonio Ramos, escritor cubano que ha sido comentado en estas mismas páginas más de una vez, autor entre otros libros de un excelente *Panorama de la Literatura Norteamericana*, ha publicado ahora último una nueva novela: *Caniqui* (1) que, según propia confesión, posee en gran parte material histórico, basándose en el hecho cierto de la existencia humana del negro Caniqui y que pinta, además, las costumbres, en especial de una ciudad y región cubana de 1830 y en general, de la vida isleña de esos años.

No obstante desconocer las fuentes—Ramos las señala en el prólogo—y los sucesos en que se informa la articulación de esta novela, debido a su realización y a la totalidad de su contenido interno, podemos afirmar que ella significa un buen ejemplario en su especie, porque José Antonio Ramos ha conseguido amalgamar el condimento novelesco e histórico, consiguiendo la exigencia que impone el género, es decir, su unidad dentro de su dualismo generatriz.

Señalemos también en *Caniqui* la precisión con que Ramos describe las costumbres cubanas de la época, la sabiduría

(1) Cultural, S. A. Habana. 1936.

que revela en la interpretación del espíritu social que alienta a los isleños de ese espacio del siglo XIX. Ha sabido reconstruir artísticamente todo ese período histórico, comunicándole sus características, sus peculiaridades domésticas y externas. Aprehendió su perfume, su respiración, lográndole dar animación a la vida diferenciada que tuvo. Sentimos ambientados a los personajes, moviéndose en sus prejuicios, en sus familiares y sociales preocupaciones, dentro del contorno propio creado por una realidad histórica determinada. Todos ellos obran y piensan de acuerdo con su tiempo, todos ellos viven en conformidad, consecuentemente, al recinto histórico que los cobija, porque existe siempre relación apretada entre los individuos y el ambiente, entre la psicología de los primeros y la verdad social del último. Cumple, pues, una vez más, la novela de José Antonio Ramos, con las necesidades del género.

Se podría suponer que por el nombre de la novela, Caniqui fuera el personaje principal; pero lo cierto es que comparte este papel con una figura femenina, Mariceli, hija de un riquísimo propietario de ingenios. Es evidente que en Caniqui, José Antonio Ramos ha destacado, casi a la categoría de símbolo, la imperativa y ansiosa necesidad de liberación de la raza negra, cuya esclavitud fué, como en todas partes, dolorosa y sangrienta, en Cuba; pero es efectivo también que la personalidad y vida de Mariceli se demuestra con la misma intensidad y frecuencia que la del esclavo, siendo ambos el eje esencial de la novela, porque todos los sucesos se desprenden de ellos, como las ramas de los árboles. Es claro que Caniqui asume mayor responsabilidad dentro de la obra, porque encarna un aspecto social y político. Esta dimensión le da a la novela una fuerte vivencia, una actualidad duradera, porque Ramos no ha hurgado en la historia de Cuba con una simple intención hedonista, con una sola aspiración literaria, sino que se ha sumergido en ella extrayendo su sentido social y político.

Además de los personajes principales, aparece también

reciamente estructurada la individualidad de don Lorenzo de Pablos, padre de Mariceli, enérgico y brutal con sus esclavos, verdadero tipo de amo. Es notable la escena donde con su huasca castiga salvajamente a uno de ellos. Como inolvidable aquélla en que Mariceli en una procesión católica se hace azotar desnuda por uno de sus siervos. Consecuencia del proceso religioso desarrollado en su intimidad y tan propio del estricto fanatismo de esa época.

En lo anecdótico esta novela es muy rica y de gran movimiento. Interesa desde un comienzo y no obstante sus cuatrocientas páginas se lee de golpe.—A. T.



VA Y VEN, *Poemas* por *Luis Fernando Alvarez*.

El título de este volumen indica cierto sentido superficial, jugueteón de su contenido. La dedicatoria: «A mi hermano, San Horacio Alvarez, mártir», acaso la permanencia acusadora, el acento quemante de un poema civil, expresando alguna dramaticidad colectiva, precisando alguna violencia de tiranoide.

Ni lo uno ni lo otro. No es el ser social el que canta en estas páginas, penetrado de la convulsión ambiental de su tiempo, sino un exilado voluntario de la agonía contemporánea. Tampoco el afán deportivo o humorístico, sino la intimidad trabajada de un espíritu:

Ya en soledad conmigo,
me desnudo—sin la tierra y el tiempo—
de la voz y del gesto cotidiano,
para encontrarme mío, íntegro espíritu,
autónomo, como después de muerto,